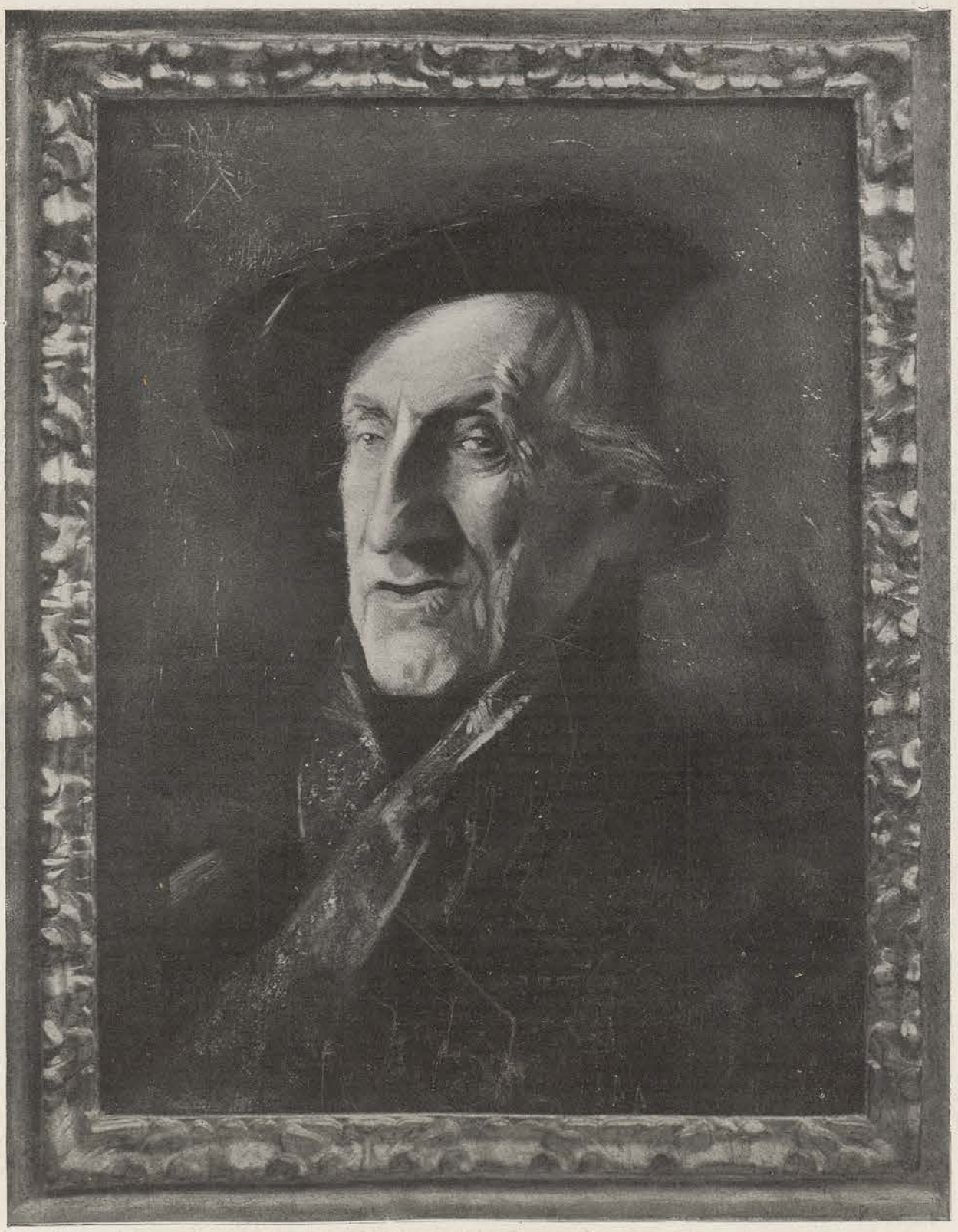
La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 12 de octubre de 1908 — Núm. 1.398

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESTUDIO, POR SALVADOR SANCHEZ BARBUDO

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. – *La antigualla*, por Nogueras Oller. – *Los reyes de España en Munich. – Monumento á los héroes del sitio de Zaragoza*, por A. García Llansó. – *Viviendas primitivas y máquinas modernas. – El tsar Fernando I de Bulgaria. – Los reyes de España en Budapest. – Un monumento francés en Alsacia-Lorena. – Barcelona. Edificios premiados. – Problema de ajedrez. – El vellocino de oro*, novela ilustrada (continuación). – *El turismo en caravana*, por Enriqueta Jastrow.

Grabados.—*Estudio*, por S. Sánchez Barbudo. – Dibujo de Carlos Vázquez que ilustra el artículo *La antigualla. – Entrada de los soberanos españoles en Munich. – Los reyes de España en Nymphenburgo. – Monumento «Los Sitios,»* obra de A. Querol. – *Viviendas primitivas y máquinas modernas. – El tsar Fernando I de Bulgaria. – Los reyes de España en Budapest. – Figuras alegóricas en el monumento á Garibaldi y en «Los Sitios,»* obra de A. Querol. – *Monumento en Alsacia-Lorena á la memoria de los soldados franceses. – Concurso de establecimientos y edificios públicos de Barcelona. – El turismo en caravana* (cuatro grabados). – *Carrera automovilista del Tourist Trophy.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Con el otoño vuelve, indefectiblemente, la conversación del cólera morbo asiático, y las conjeturas, y las precauciones sanitarias, y todo lo que se relaciona con la terrible enfermedad enviada por el Ganges y que un tiempo asoló á Europa.

Un tiempo... Pero ese tiempo ha pasado. No podemos dudarlo, cuando ya tantos años hace que la epidemia amaga y no da, contenida por los adelantos de la higiene y por los progresos de la ciencia médica, que á mediados del siglo pasado se declaraba impotente para atajar la invasión del azote.

Las epidemias nos han enseñado de un modo categórico el valer y la eficacia de la higiene. Si que dase en el espíritu de las gentes la menor duda acerca de la importancia de la limpieza y el saneamiento público, la observación de cómo han decrecido y casi desaparecido estas pestes horribles que en la Edad media estremecían y diezmaban á los pueblos, bastaría para demostrar que todo esfuerzo tiene recompensa y todo adelanto trae un resultado positivo y bienhechor.

No es completa, no es ni aun relativamente satisfactoria, la higienización de las grandes ciudades; dejan que desear los alcantarillados, el servicio de aguas, los barridos, la ventilación en las casas donde se alojan los pobres y los humildes; no se vigila ni la mitad de como es debido el que los alimentos no se sofistiquen; no están suficientemente oreados ni aseados los puntos de reunión, teatros, cinematógrafos, casinos; no se persigue lo bastante á los ratones, conductores y propagadores de toda infección; y sin embargo, con lo poco que se ha hecho en el sentido de higienizar, ha sido bastante para que no se repitan las tristísimas escenas descritas por Galdós en *Un faccioso más y algunos frailes menos*, por Patxot en *Las ruinas de mi convento* y por Eugenio Sué—á su manera y en su cuerda peculiar—en *El judío errante* (si no me engaño, pues algunas de estas lecturas ya ni recuerdo cuándo las hice). El misterioso terror del contagio ha desaparecido; se sabe que habría medios para combatirlo y extirparlo aunque se presentase; se sabe cuál es su vehículo, cuál el microbio que lo produce; no es una fuerza obscura, fatal, que hiere en la sombra; se le ve venir de frente, y de frente se establece la defensa enérgica y activa.

Entre los folletos curiosos que guardo en mi librería, hay uno encaminado á demostrar que el cólera es un castigo especial del cielo, similar á los que descargaron sobre las pecadoras espaldas de Babilonia, Sodoma y Gomorra y de las tropas de Senacherib, y á las plagas que Jehovah envió á Egipto para que fuese justo con los hebreos. No se crea que el tal folleto es muy antiguo: mi ejemplar es de la segunda edición, 1888, y creo que la primera (que no he hojeado, procedamos con escrúpulo bibliográfico) vió la luz hacia 1866, después del ramalazo de cólera del año 1865. Su autor, reiteradamente, se declara católico antes que académico, por si ignorábamos que la pila del bautismo precede al honor de ser nombrado individuo de varias corporaciones científicas y literarias españolas y extranjeras; pues salvo esta idea de orden cronológico, no veo qué clase de oposición pueda existir entre la cualidad de católico y la de académico, sea de los Arcades, sea de cualquiera otra respetable Sociedad. Al frente del opúsculo figura una *Advertencia importante*, dirigida al lector; y no entiendo por qué no he de reproducirla aquí, con su transposición elegante y sus notas, que tiene cuatro para dos quintillas:

No anhelo la aprobación
del que se muestre estudioso (1).
Yo quiero la aceptación
del hombre sin presunción
que es *sincero* y religioso (2).

No fué mi objeto lucir (3)
mi modesta inteligencia
al mi opúsculo escribir,
sino tan sólo esparcir (4)
la Fe, la Moral, la Ciencia.

No altero un ápice, ni quito ni añado punto ni coma á este documento humano, digno de que lo coleccionase Flaubert, que se divertía en reunir testimonios del candor de nuestra especie (no siempre debe llamarse á las cosas por su nombre, y escribo *candor*). Ahora bien: si la tesis del autor de este opúsculo hubiese prevalecido, tendríamos cólera cada dos ó tres años, y peste bubónica cada seis ó siete, como la hubo en Barcelona hasta que empezó en Europa la campaña sanitaria, todo lo incompleta que se quiera, pero suficiente á contener las epidemias antes de que adquieran tremendo desarrollo. Porque una cosa es reconocer que Dios nos tiene en su mano y hace de nosotros según sus designios, y otra es caer en el fatalismo de atribuir los males á la ira celeste y cruzarse de brazos ante ellos, bajando la cabeza y dando por hecho que hay que sufrir y callar y esperar á que la Providencia lo arregle. Precisamente—insisto en ello—las epidemias han venido á ser demostración palmaria de lo que puede la voluntad del hombre, en su lucha con la naturaleza tantas veces enemiga.

En otro tiempo, las guerras eran origen de pestes. Ninguna peste han causado las últimas guerras europeas. La mortandad fué enorme en la franco prusiana: Sedán, sin exageración, pudo calificarse de carnicería. Con todo eso, y á pesar de haberse desarrollado entre los soldados, y especialmente los prisioneros, la inevitable disentería, no hubo que añadir á los horrores de la matanza y á las atrocidades de la Commune una plaga de cólera ó de peste negra que se hubiese difundido por otras naciones, después de desolar á Francia. Son ya estas pestes características de los países sucios, es decir, de los países más sucios, y donde la forma religiosa de enterrar á los muertos no está de acuerdo con las prescripciones de la higiene. Así, en la India, parece que se dejan los muertos al aire ó se arrojan al sagrado río, con lo cual lo convierten en depósito de infecciones. Los ingleses luchan por desterrar estas supersticiones que perpetúan el peligro del Ganges; y aunque tardarán en extirparlas, es de suponer que lleguen á conseguirlo, porque los indios son una raza inteligente, capaz de darse cuenta de lo razonable y de lo útil, aunque prefieran su nirvana. Rusia, de donde parece que viene ahora el *huésped*, como se le nombraba en los años de terror, se cuenta también entre los pueblos *espesos*, y permítase este modismo. La suciedad rusa es la que engendra el clima frío; suciedad tal vez más repulsiva que la de los climas cálidos, donde, al fin, la gente, por egoísmo, se remoja y anda medio en cueros. Es verdad que tienen fama los *baños rusos*, en que alternan el vapor casi hirviente y la ducha helada; pero ¿cuántos rusos se bañan de ese modo? La inmensa mayoría pasa el invierno entero sin cambiarse de ropa, durmiendo vestidos á orilla de la estufa, y el tener cama, verdadera cama —si hemos de estar á los relatos de los viajeros,—es un lujo, aun en las clases pudientes. Gogol ha pintado un cuadro alarmante de la porquería de su patria; y si bien desde Gogol acá también Rusia ha progresado, que al cabo no hay rincón del mundo donde no se progrese, en estas materias y en un tan enorme imperio, tiene el progreso que ser lentísimo, y el cólera, propagado en las inmensas ferias donde se reunen mercaderes de toda el Asia, cargados de telas y mercancías sospechosas; donde se condensa, por decirlo así, la pintoresca inmundicia del Oriente, ha de venir forzosamente de Rusia, si de alguna parte del continente europeo está escrito que venga, cada dos ó tres años, á dar un susto leve y retirarse...

Es interesante recordar que, en Egipto, la peste negra ó bubónica fué completamente desconocida mientras existió la costumbre de momificar, no sólo los cadáveres, sino las carroñas de animales—gatos, perros, ibis, hasta cocodrilos.—Ese pueblo laborioso é industrioso, uno de los grandes fautores de civilización en la antigüedad, se consagraba á embalsamar á sus muertos, y sin saberlo, atajaba así en germen cualquier peligro. Bien puede asegurarse que las plagas, entre las cuales se contó la peste, fueron obra de Jehovah enojado, pues los anales de Egipto, tan detallados, tan exactos, no hablan de epidemias. Allí se hacía un consumo enorme de esa substancia que llamamos nafta ó betún, asfalto ó momia; se había suprimido la podredumbre; se construían las necrópolis como palacios, y es posible que el sabio pueblo que llegó á arrancar á Atenas el cetro de la cultura, no ignorase que son los muertos los que, al descomponerse, esparcen la muerte. Suele decirse que los egipcios profesaban el culto de las sepulturas, un culto á la muerte: no era así en realidad: al ocuparse tanto y tan asiduamente de los difuntos, lo que hacían era defender la vida y la longevidad, en Egipto extraordinaria.

Todo lo cocían en betún: betún grosero para los pobres, betún delicado, depurado é impregnado de aromas, para los ricos y los poderosos, pero igualmente salubre, pues el asfalto—ahora se sabe y se aplica—es el enemigo de la humedad y de toda fermentación pútrida. Un pueblo que se pasa la existencia entre betún, no debe temer contagios; y no los había, efectivamente. Otra idea higiénica, disfrazada de superstición, era la de vedar que el sagrado Nilo fuese ofendido arrojando despojos y cuerpos muertos á su corriente. La peste acechaba, cuando se hubiese consentido tal atentado. No se consentía. Y hasta las vísceras, hasta los corazones de los muertos eran hervidos en betún, antes de pasar á los vasos canopeos que guarnecían el ataúd de la momia y parecían velar su sueño tranquilo, entre tiras de lienzo y dentro de una caja de dorada y pintada madera, que no podía atacar ni la polilla.

Al cambiar de religión; al despedirse de Isis, Osiris, Hermes, Hathor, Serapis y el ladrante Anubis, Egipto cambió de modo de enterrar, y comenzaron las pestes. Cosa extraña, pues el cristianismo y el catolicismo no se oponen á que los cadáveres sean embalsamados, y bien pudo adaptarse, en esta materia, el nuevo culto á la tradición. Ello es que no se adaptó; que el betún dejó de envolver los cuerpos, y que la bubónica, desde el siglo VI de la Iglesia, cayó sobre las márgenes del Nilo, haciendo estragos, no sólo en los cuerpos, sino en los espíritus, que apoca y envuelve en una fatídica sombra de miedo y espanto.

Los doctores nos reaniman—si es que hiciese falta, que tengo para mí que no la hace.—Nos ordenan no comer nada crudo, tomarlo todo caliente y bien cocho, porque el bacilo del Ganges no resiste arriba de los 60 grados de temperatura. Si esto es cierto, el remedio, como suele decirse, no está en Roma. Es una regla ya universal de higiene cocer bien los alimentos y hasta hervir el agua que se ha de beber.

Antaño—cuando el cólera se presentaba rodeado de un prestigio casi sobrenatural,—la profilaxis del cólera era otra; de seguro, menos eficaz, puesto que arreciaba el azote, en vez de aplacarse. Se empleaban los astringentes, en primer término. Sopa de arroz tostada; carne seca asada; jalea y pasta de membrillo —he aquí el *menú*.—Proscritos los pimientos, los tomates, los melones, las uvas—por instinto, como se ve, la gente huía ya de lo que suele comerse crudo ó poco pasado.

Existía un zapatero remendón en Marineda, tan menesteroso, que nunca había logrado darse un hartazgo de cosas buenas, de fruta sazonada, legumbres selectas y ensaladas finas. Al ver que con el cólera quedaba intacto el surtido en los cestos de las placeras, díjose el hombre: «Esta es la mía.» Y sus atracones dejaron memoria: le regalaban los comestibles, por no tirarlos. Cada vez que pasaba un entierro—y era incesante el lúgubre desfile—las vecinas anunciaban al remendón, ocupado en rellenarse de uvas moscatel, que al día siguiente pasaría el suyo. Y no pasaba, ni al día siguiente, ni al otro, ni pasó en jamás, hasta muchos años después, llegado el momento de pagar la deuda común de los mortales. Nunca gozó el zapatero de mejor salud que mientras se apiporró de melones y sandías, fresas y peras urracas, según la estación; porque mucho tiempo duró el miedo á las frutas, y se hizo un consumo fabuloso de una sola, el membrillo, como si el problema del cólera se resolviese con llaves, candados y cadenas, cuando se hubiese resuelto antes por medio de escobas, freganzos, agua sublimada, cloruro y demás desinfectantes, á la sazón no muy conocidos, y menos usados.

El espanto, convertido en médico, sugería remedios heroicos. Este se curaba con dos ó tres azumbres de aguardiente absorbidas en una noche; aquél tomaba un purgante de caballo, conocido por *Lerroy*, y después de deshacerse, quedaba sano. Al uno le envolvían en sábanas mojadas y chorreantes; al otro le daban una paliza con ortigas, abrojos y ramas de espino, y ensangrentado, sin pellejo, curaba también. Lo cual prueba que por todas partes se va á Roma y que no se puede pronosticar nada seguro en medicina. Y menos podría pronosticarse, dentro de lo científico, que apenas fué sacado en procesión el famoso Nazareno de Marineda, cesó la plaga.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

(1) *No*, y mil veces *no*.
(2) *Sí*, y mil veces *sí*.
(3) *No*, y mil veces *no*.
(4) *Sí*, y mil veces *sí*.

escalera portátil, se entretenía restaurando concienzudamente un pequeño detalle de un famoso cuadro de..... casi borrado por el tiempo, se presentó el secretario del museo, notificándole que acababa de recibir una carta consignada á nombre del Sr. Asesor.

—¡No estoy para nadie!

—Es que... ¡Sr. Asesor! ¡Sr. Román! Debo decir á usted que me han encargado sobre manera que la lea usted en seguida.

—¡Digo que no estoy! ¿Entiende usted? No estoy.

Y como el secretario no abandonase la empresa, añadió:

—Déjela usted ahí, en uno de los peldaños de la escalera... Ya la recogeré. ¡Vaya si la recogeré!.. ¡Pues no faltaba más! ¡Fin-fi, fi-fi, fin-fin...

Y se puso á silbar una dulce canción que hacía muchos años no se había atrevido á interpretar. Un hermoso *lied* de Schumann que Anita modulaba deliciosamente...

El secretario, que conocía muy á fondo el carácter olvidadizo de Román, pensó que dejar la carta en uno de los peldaños, equivalía á abandonar á la peor de las profanaciones la más hermosa letra de mujer. El Sr. Asesor bajaría, como de costumbre, arrebatado por una idea súbita, y sus zapatos sucios, que representaban el último vestigio de su pasada vida de bohemio, aplastarían aquel delicioso y perfumado sobre... Y aun, en el caso contrario, eso es, en la improbable casualidad de que Román recogiese la carta, también, ¡oh, triste suerte la suya!.. ¡Pudrirse en el fondo de un bolsillo cualquiera, entre migas de pan y polvo de tabaco!..

A decir verdad, otro móvil despertaba tan piedosos sentimientos en el corazón del viejo secretario. Más curioso y entrometido que un ratón, se moría por alcanzar de su jefe el honor de ponerse al corriente de lo que él consideraba una intriga amorosa.

Calóse las gafas y preguntó como una de tantas veces:

—¿Quiere usted que la lea?

—Haga usted lo que quiera. ¡Fin fi, fi fi, fin-fin!..

Y continuó trabajando.

—«Olvidadizo y no olvidado amigo (¡je, je! Le conoce, le conoce): Sírvase usted pasar por esta su casa lo más pronto posible. Su antigua alumna, Anita de Castell-d-Arnold.»

Juro que no miento. La paleta cayó sobre la desteñida casaca del secretario, y Nicolás Román rodó la escalera como un beodo.

Y mientras el artista aguardaba una hora más tarde en la antesala del suntuoso palacio á que le recibiese la hermosa condesita, convino en sospechar que caerse escalera abajo y echar á perder el casacón del viejo no era menos cómico que estropear un dibujo con un ziszás intolerable. Temió, por lo tanto, que Anita le obligase de nuevo á cometer otra ridiculez por el estilo, y componiéndose lo mejor que pudo, prometióse el placer de burlarse de ella á la menor sospecha.

Anita no tardó en salir, y lejos de sonreirse socarronamente como él imaginaba, avivó más y más sus amores secretos, hablándole con una dulzura y un tinte de tristeza tan interesante que le desarmó por completo.

En los diez años transcurridos habíase desarrollado tan delicadamente, que el Asesor de museos creyó hallarse en presencia de la mismísima Venus de Médicis vestida.

La condesita le propuso la compra de un cuadro para los museos.

Era una antigua pintura sin valor alguno, de las muchas que abundan, por desgracia, en los palacios de nuestros aristócratas.

Un puntapié no habría seguramente molestado tanto á Nicolás Román. ¡Anita, su más antigua y amada alumna, proponiéndole la adquisición de *aquello!*

Fulguró por su mente el temor de que la joven tomaba á chacota su nombramiento de Asesor de museos, y revolviéndose contra el purísimo amor que ataba su lengua, contestó secamente:

—Siento muchísimo que tan sólo para *eso* me haya usted llamado. Es una *antigualla* que ya está bien donde está. Sospecho que de pura vergüenza se trocaría en polvo al verse en el más humilde rincón de mis museos. Beso sus pies, condesita.

Y marchóse.

Al día siguiente inquirió que el señor conde de Castell-d-Arnold se había suicidado dos semanas antes, completamente arruinado en el juego. La anciana consorte, enferma de gravedad, ignoraba lo sucedido, gracias al cuidado de su hija que, habiendo ya vendido todas sus joyas, estaba realizando todos cuantos objetos pudiesen mantenerla á flote durante la enfermedad de su querida madre.

Nicolás Román se mordió con saña, tiró de sus cabellos y abofeteóse con verdadera furia delante de un espejo, para que el oprobio fuese todavía mayor. No pudo conciliar el sueño y se pasó la noche borroneando y haciendo trizas todo un paquete de pliegos en cada uno de los cuales empezaba una carta que en su desespero no conseguía concluir. Por fin acertó en dar la siguiente forma á su idea:

«Nunca olvidada y sí muy ofendida condesa. Lo sé todo, como sé también que soy el hombre más malo y descortés del mundo. ¿Cómo, en nuestra entrevista de ayer, no me hizo usted echar por los criados? Adjunto le mando un cheque, cuya despreciable cantidad es todo cuanto he podido recoger y ofrezco á usted como primer plazo de adquisición de la tela que en mi torpe comportamiento tanto desprecié, la cual solicito de rodillas y que espero obtener si su corazón estima en algo mi vida.—*Nicolás Román.*»

Poseía bastante dinero, fruto de sus ahorros y de una herencia de un tío suyo, capital que depositó en el Banco, una vez enviada la carta.

¿Para qué fatigaros, relatando detalladamente que Anita le perdonó, y que, á no ser la muerte de su padre, se hubiese alegrado con toda el alma de la pérdida total de su fortuna?

Anita era inteligente y comprendió que el acto realizado por Nicolás Román le hacía digno del todo del amor sin esperanza que sentía por él desde el lejano día en que el trémulo profesor de pintura le estropeó un dibujo. La condesa viuda sanó al cabo de poco tiempo, y en el presente, mediante la consabida bendición de Madre Iglesia, viven los tres en la más linda casa de campo, lejos de las luchas del mundo y en espera de un chiquitín, toda vez que la esposa también participa del amor que Nicolás Román profesa á la infancia.

NOGUERAS OLLER.

(Dibujo de C. Vázquez.)

LA ANTIGUALLA

Nicolás Román supo distinguirse muy pronto, así por sus críticas de arte como por sus telas hábilmente pintadas, alcanzando no escasos triunfos, entre ellos, el honroso y bien remunerado cargo de Asesor de museos y antigüedades.

Era soltero, y á pesar del amor que sentía por los niños, nunca pensó tomar en serio el asunto del matrimonio, aunque me quepa decir metafóricamente que ya hacía muchísimo tiempo que estaba casado—de un modo ideal, por supuesto—con la más linda y linajuda muchacha de la nobleza de su ciudad.

Nicolás Román, en sus difíciles y trabajosas mocedades, daba lecciones de dibujo y pintura, y era, por consiguiente, lo más lógico y natural del mundo—¡claro que lo era!—que la espléndida belleza de Anita de Castell-d-Arnold se grabase indeleblemente en lo más recóndito de su alma. El joven artista le daba la lección temblando, maldecía sus ropas de pana vulgar, su obscuro nacimiento, su loca pasión y hasta á sí mismo se maldecía!..

En cierta ocasión, Anita le pidió que guiara su mano para conseguir más soltura y seguridad en el trazado de una línea, y Román se puso lívido, frío, blanco y colorado simultáneamente... Sin embargo, obedeció, y la línea en cuestión dejó de pertenecer al prodigioso mundo de las líneas, transformándose en una especie de ziszás tan torpe de mocosuelo que estropeó el dibujo...

Era tan enormemente cómico el caso, estaba tan ridículo en su turbación y espanto el desventurado profesor, que Anita de Castell-d-Arnold soltó una carcajada soberbia y sostenida, la cual provocó el gorjeo más animado y encantador de todas las avecillas del parque.

Nicolás Román, muerto de vergüenza, se disculpó cuanto pudo, y aunque ella hizo lo mismo, no halló el joven la serenidad suficiente para volver un solo día á la casa.

Iban transcurridos por lo menos diez años de tan lamentable suceso, cuando una mañana, mientras Nicolás Román, encaramado en lo más alto de una

LOS REYES DE ESPAÑA EN MUNICH. (De fotografías de Carlos Delins.)

En la capital de Baviera, adonde llegaron en la mañana del 28 del próximo pasado, fueron D. Alfonso XIII y D.ª Victoria recibidos con el mismo entusiasmo que en todas partes. Esperábanles en la estación la reina madre D.ª María Cristina, el príncipe regente, las infantas D.ª Paz y D.ª María Teresa con sus esposos los príncipes D. Luis y don Fernando de Baviera, el embajador de España Sr. Polo de Bernabé y distinguidas personalidades españolas.

Desde la estación, á cuya salida fueron calurosamente aclamados, llamando especialmente la atención nuestra joven y hermosa reina, dirigiéronse los soberanos á la Residencia, y de allí, al poco rato, al palacio de Nymphenburgo, en donde almorzaron en familia. Visitaron luego la Exposición que actualmente se celebra en Munich, asistieron después á un vino de honor en las Casas Consistoriales y por la noche al banquete de gala con que los obsequió el Regente y en el que cambiaron sentidos brindis éste y D. Alfonso XIII.

Al día siguiente tomó parte el rey en una cacería de jabalíes que en su obsequio se organizó en el parque de Furstenried y por la noche hubo banquete de gala en el palacio de Nymphenburgo.

Entrada de los soberanos españoles en Munich
Coche en que iban el rey D. Alfonso XIII y el príncipe regente de Baviera

El día 30 D. Alfonso XIII fué á Landau, acompañado del infante D. Fernando y de los príncipes D. Alfonso y D. Adalberto de Baviera, á fin de revistar el regimiento de artillería n.° 5, de que es coronel honorario. Terminada la revista, los oficiales le obsequiaron con un almuerzo.

El mismo día, la reina D.ª Victoria, en compañía de la princesa Beatriz, su amiga de la infancia, dirigióse en automóvil á Tegernsee para visitar á la madre de aquélla, la gran duquesa viuda de Coburgo-Gotha. En el palacio que en aquel delicioso sitio, uno de los más agradables y pintorescos del territorio bávaro, tiene la gran duquesa, almorzó la soberana española, visitando después del almuerzo el palacio y la antigua residencia de los Benedictinos, é hizo la excursión al llamado «Gran paraguas,» especie de rotonda situada en una gran altura, desde donde se domina un magnífico panorama.

Cuando D. Alfonso hubo terminado la revista de Landau, regresó á Munich, y en un tren especial fué á reunirse en Tegernsee con su augusta esposa. Allí permaneció el rey breves momentos, emprendiendo luego los soberanos la vuelta á Munich, adonde llegaron á las diez de la noche, saliendo poco después para Budapest.—R.

Los reyes de España en Nymphenburgo
1. La infanta D.ª María Teresa. – 2. La reina D.ª Victoria. – 3. El infante D. Fernando. – 4. El rey D. Alfonso XIII. – 5. El príncipe D. Luis Fernando. – 6. La infanta D.ª Paz

MONUMENTO Á LOS HÉROES DE LOS SITIOS DE ZARAGOZA, OBRA DE AGUSTÍN QUEROL.

La inmortal Zaragoza ha sido una de las ciudades elegidas para conmemorar por medio de un monumento los hechos más gloriosos de la épica lucha que sostuvieron nuestros abuelos contra las huestes napoleónicas. La elección ha sido justa y unánimemente aplaudida porque pocas ciudades ostentan mejores títulos para sintetizar la guerra de la Independencia que la capital aragonesa por el heroísmo con que la defendieron sus hijos en aquellos sitios memorables.

El monumento conmemorativo de tales hazañas hubo de confiarse á un artista de grandes alientos, á un escultor insigne que, como Agustín Querol, se distinguiera por la grandiosidad de sus concepciones; y preciso es confesar que nuestro amigo ha respondido cumplidamente, dando otra gallarda muestra de sus notables aptitudes para esas que pudiéramos denominar creaciones poemáticas, y para la armónica disposición de las grandes masas que prestan á la obra monumental la augusta serenidad del gran arte.

Al pie de amplia escalinata, y empujados por poderoso aliento, aparecen los héroes que toman parte en el combate, los soldados improvisados que defendieron la ciudad querida y que no titubearon en sacrificar sus vidas por la patria. Esta agrupación que asciende, hállase enlazada con el cuerpo superior del monumento por una agrupada ornamentación de flores y follaje que termina á los pies de la matrona que remata la obra, símbolo de la Patria, que ampara á los que por ella sucumben.

La escultura monumental constituye una de las que pudieran llamarse especialidades de Querol, no sólo por acreditarlo así ya el considerable número de esta clase de obras que ha producido en estos últimos tiempos, sino también porque es indudable que en ellas ha encontrado el medio á que se adaptan sus cualidades. El insigne escultor, saturado su espíritu del gran arte, concibe cuanto lleve aparejada la grandiosidad y la belleza. Véase y estúdiese su producción y quedarán comprobadas nuestras afirmaciones. Los monumentos á Cánovas del Castillo, Legazpi y Urdaneta, Quevedo, Bolognesi, Urquiza, Epalza, el de los bomberos de la Habana, el frontón del edificio donde se halla instalada la Biblioteca Nacional, los grupos que sirven de coronamiento al Ministerio de Agricultura y Bellas Artes, y tantas y tantas obras más, demuestran las excepcionales aptitudes de Querol, su temperamento que le impulsa de continuo á esa pasmosa actividad y conduce á todo lo grande, á esas concepciones que son fiel expresión de una voluntad firme y decidida, que le impulsa á imprimir á la piedra la belleza y el sentimiento de todo lo noble y elevado.

Véase también la majestuosa é inspirada estatua destinada á figurar en el monumento á Garibaldi que se erige en la República Argentina, y cuya publicación en estas páginas debemos á la galantería y buena amistad del distinguido escultor. Ofrece, como las demás obras, los caracteres distintivos del autor. Amplitud en el modelado, serenidad grandiosa en su concepción, cual si destinada á inmortalizar un recuerdo, sugiriera el trágico reposo de la muerte, el augusto descanso de la inmortalidad.

Al leer el extenso catálogo de la obra realizada por Agustín Querol, no es posible substraerse á la admiración que produce el poderoso esfuerzo que representan tantas energías desarrolladas. De ahí que una vez más le tributemos un aplauso y á la vez el homenaje de nuestra consideración.

A. GARCIA LLANSÓ.

Monumento «Los Sitios,» que se erige en Zaragoza,
obra de Agustín Querol

Los héroes. Fragmento del monumento «Los Sitios,»
obra de Agustín Querol

VIVIENDAS PRIMITIVAS Y MAQUINAS MODERNAS

Hay en las costas del canal de la Mancha y á media docena de kilómetros de distancia de Boulogne-sur-Mer, un pueblecillo de muy corto vecindario, llamado Eqhien que goza de cierta notoriedad por las exquisitas almejas que en sus aguas se pescan. Aparte de esto, la aldea en cuestión es sólo conocida por unos pocos bañistas que, huyendo del bullicio y de la vida cara de los balnearios de moda, acuden á su tranquila playa en busca de salud para su cuerpo y de reposo para su espíritu.

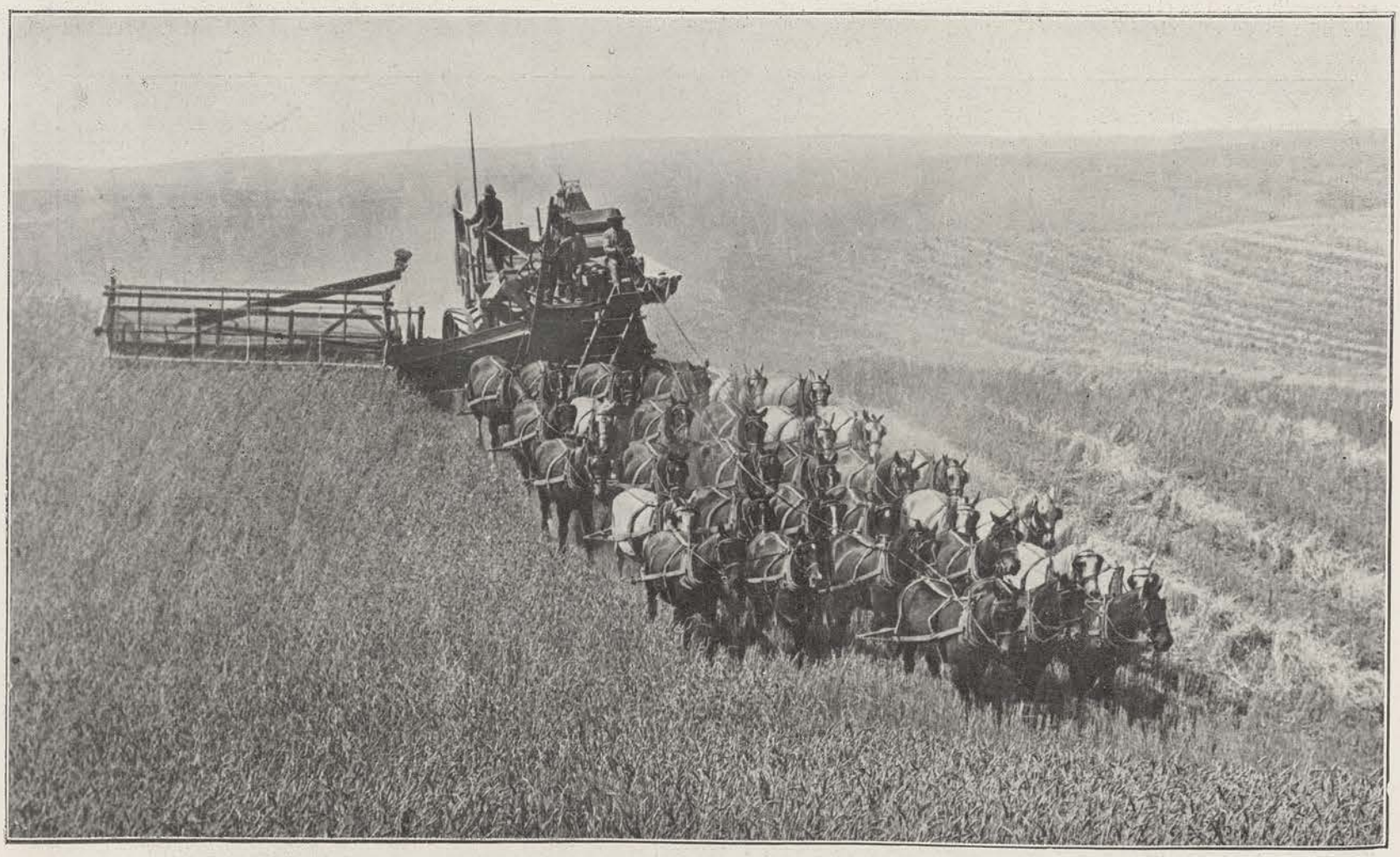
Pero Eqhien tiene algo más que sus almejas y su playa para llamar la atención de los forasteros, algo que de ser más generalmente conocido le proporcionaría seguramente un buen contingente de turistas, que podrían ver allí un espectáculo quizás único en su clase y tan interesante como nuevo.

Nos referimos á las viviendas de muchos de sus habitantes, viviendas que no son otra cosa, según puede verse en el grabado adjunto, que viejos barcos tumbados, en cuyos costados se han abierto puertas y ventanas y cuyo interior se ha dispuesto de manera que en él pueda vivir más ó menos cómodamente una familia. Esas viviendas no constituyen una excepción en aquel pueblo de valientes pescadores, sino que se cuentan allí por docenas, representando una forma de propiedad que difícilmente podría ser clasificada en alguna de las divisiones de ese derecho establecidas por los jurisconsultos, pues de todas tiene algo y á ninguna se ajusta enteramente. Y á buen seguro que el fisco, al que nada escapa, se habrá visto apurado para determinar la condición de tales barcos casas, consideradas como materia imponible y señalar la clase de contribución que deben satisfacer.

Las habitaciones pintorescas de los pescadores de Eqhien, pueblecito situado en la costa del canal de la Mancha, cerca de Boulogne-sur-Mer. (De fotografía de Trampus.)

Desde estas viviendas primitivas á las más modernas creaciones, ¡qué salto tan enorme! Mentira parece que sean coetáneas las cosas y las personas que representan los adjuntos grabados, reproducción el uno de costumbres que bien podrían atribuirse á los primeros tiempos de la humanidad y el otro de un invento novísimo en el que se muestra en todo su esplendor el triunfo de la inteligencia del hombre sobre las fuerzas y resistencias de la naturaleza. Esta máquina agrícola que actualmente se emplea en muchas haciendas de los Estados Unidos, efectúa por sí sola y á un tiempo mismo las faenas para cuya realización necesitábanse hasta hace poco varios aparatos y no pocas operaciones, puesto que siega las mieses, las trilla, mete el grano en sacos y hace con la paja gavillas que va dejando en el campo.

Otra particularidad que ofrece esta máquina es que en vez de ser movida por el vapor, como suelen serlo las de esta clase é importancia, es arrastrada por treinta y tres caballerías, enganchadas en cinco filas de seis, y una, la delantera, de tres.—S.



Máquina agrícola que se emplea en los Estados Unidos, tirada por treinta y tres caballerías, que siega, trilla, mete en sacos el grano y forma gavillas con la paja, colocándolas en hileras. (De fotografía de Underwood et Underwood, N. Y.)

EL TSAR FERNANDO I DE BULGARIA

El principado de Bulgaria que, en virtud del tratado de Berlín, era un principado autónomo bajo la soberanía de Turquía, se ha erigido en reino independiente y se ha anexionado la provincia de Rumelia, que el príncipe búlgaro administraba como gobernador imperial del sultán.

Bulgaria ansiaba desde hacía muchos años su independencia y activamente se preparaba para conseguirla, esperando sin duda que la decadencia cada vez mayor de Turquía no había de tardar en ofrecerle una ocasión propicia para el logro de sus propósitos.

Y aunque no era un secreto la aspiración de los búlgaros, nadie creía que los hechos se consumaran de una manera tan repentina y tan inesperada, precisamente cuando Turquía ha entrado de lleno en la vida constitucional, que ha de conducirla á su regeneración. Tal vez por esto mismo, comprendiendo que la reconstitución del imperio turco podía aplazar indefinidamente y acaso hacer imposible la realización de sus planes, Bulgaria ha aprovechado los momentos en que tal reconstitución se inicia y en que Turquía está atravesando un período crítico, para ver convertido en realidad su sueño dorado. Mas sea de ello lo que fuere, es lo cierto que Bulgaria proclamó solemnemente su independencia el día 5 del actual, notificándose inmediatamente la proclamación á Turquía y á las demás potencias.

La noticia causó gran sensación en todas partes, y en los primeros momentos temióse que estallara una guerra entre Turquía y Bulgaria; pero según parece, el peligro de una lucha, cuya extensión y cuyas consecuencias era imposible prever, ha desaparecido, y la cuestión ha pasado á la jurisdicción de la diplomacia, que seguramente sabrá solucionarla pacíficamente.

El tsar Fernando I pertenece á la casa de Sajonia-Coburgo-Gotha, nació en Viena en 1861 y desde 7 de julio de 1887 era príncipe de Bulgaria.

El tsar, antes príncipe, Fernando I de Bulgaria
que ha proclamado la independencia de aquel principado hoy constituído en reino
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

LOS REYES DE ESPAÑA EN BUDAPEST

Prosiguiendo el relato del viaje de los soberanos españoles, de cuya estancia en Munich damos cuenta en este mismo número, referiremos someramente, pues no permite otra cosa la falta de espacio, su permanencia en la capital de Hungría, adonde llegaron á las tres de la tarde del día 1.° del actual, siendo recibidos en la estación por el emperador Francisco José, varios archiduques, cuerpo diplomático y una representación del Ayuntamiento, presidida por el burgomaestre.

Seguidamente se dirigieron al Kirali Palota (palacio real), siendo aclamados calurosamente por la gran multitud que llenaba las calles del tránsito. Llegados al palacio, presenciaron el desfile de las tropas que habían cubierto la carrera, recorrieron luego los magníficos salones de la regia residencia y comieron con el emperador y los miembros de la familia imperial. Por la noche celebróse un gran baile de corte, que por su magnificencia excedió á toda ponderación.

Al día siguiente, después de haber visitado D. Alfonso y D.ª Victoria los principales museos y edificios públicos, dirigióse el rey al Círculo Científico Militar, en donde los oficiales del regimiento de infantería número 38, del que es coronel honorario, le obsequiaron con un almuerzo. Por la tarde recorrieron los pintorescos alrededores de la ciudad, visitando la mezquita Turkenkapelle y el Svab Flagy, desde donde se domina un hermoso panorama, y asistieron luego al gran banquete de gala que se dió en el salón de María Teresa y que fué una fiesta espléndida. Al final de la comida brindaron en los más afectuosos términos el emperador Francisco José y el rey Alfonso XIII. Por la noche concurrieron á una suntuosa fiesta que en su palacio, uno de los más hermosos de Budapest, había dispuesto en honor suyo el gran magnate húngaro conde de Karatsonyi.

El día 3 salieron los reyes de Budapest en dirección á Viena. La despedida fué tan entusiasta y cariñosa como el recibimiento; á la estación acudieron el emperador, la familia imperial, los ministros, y numerosas comisiones militares y otros elementos oficiales que al ponerse en marcha el tren prorrumpieron en vivas á los reyes de España.—R.

Los reyes de España en Budapest.—El emperador Francisco José y el rey Alfonso XIII á la salida de la estación. (Fotografía de Trampus.)

FIGURA ALEGÓRICA DEL MONUMENTO DEDICADO AL GENERAL GARIBALDI
erigido en la República Argentina, obra de Agustín Querol

PATRIA, FIGURA ALEGÓRICA QUE CORONA EL MONUMENTO DE «LOS SITIOS» QUE SE ERIGE EN ZARAGOZA,
obra de Agustín Querol

UN MONUMENTO FRANCÉS EN ALSACIA-LORENA

El domingo, día 4 de los corrientes, inauguróse con gran pompa en Noiseville el monumento que adjunto reproducimos,

Noiseville (Alsacia-Lorena).— Monumento á la memoria de los soldados franceses muertos en la guerra de 1870-71, obra de Hannaux, inaugurado el día 4 de los corrientes. (De fotografía de Felipe Hutin.)

dedicado á los soldados franceses muertos durante la guerra de 1870-71. El emperador Guillermo II ha consentido en la erección del monumento, no queriendo ver en él el carácter de protesta contra la anexión que acaso en el fondo tiene, sino tan sólo una manifestación piadosa en honor de los que perecieron heroicamente en defensa de su patria.

A la ceremonia de la inauguración concurrieron numerosas delegaciones de veteranos franceses, una comisión de los oficiales de la guarnición de Metz, presidida por el gobernador, general Arnim, las miembros del Comité provincial, los consejeros generales, los delegados de las municipalidades y multitud de sociedades de Metz, Thionville, Vallieres, Monssón, etcétera, con sus músicas. El público que la presenció no bajaría de 60.000 personas.

El monumento estaba rodeado de un círculo de banderas francesas y de otro de banderas alemanas, y junto á él pronunciaron sentidos discursos los Sres. Jean, iniciador de la obra: Wendel, diputado en el Reichstag; Niessen, secretario general del «Recuerdo francés,» y el alcalde de Noiseville. Después de los discursos colocóse delante del monumento la bandera de los combatientes de Gravelotte y depositáronse al pie del mismo innumerables coronas, entre ellas una de la guarnición alemana de Metz.

El escultor Hannaux ha sabido expresar por modo admirable el dolor francés, sin dar á su obra el menor carácter de provocación que pudiera herir los sentimientos del pueblo alemán: sobre sencillo pedestal, un hermoso grupo representa á Francia sosteniendo en sus brazos á un joven soldado moribundo y amparándolo entre los pliegues de la bandera francesa; al pie del pedestal, una bella efigie de mujer simboliza el recuerdo.

BARCELONA

EDIFICIOS PREMIADOS EN EL CONCURSO DE 1908

En el concurso de establecimientos y edificios urbanos de este año merecieron el premio ordinario la oficina de farmacia del Dr. Baltasar Doménech, instalada en la Ronda de San Pablo, y uno extraordinario el despacho que en la calle de Pelayo tienen los fabricantes de productos aplicables á la construcción Sres. Butsems y Fradera. Los arquitectos directores de las obras y del decorado de esos dos establecimientos han sido D. Roberto Juan Torner y D. Augusto Font respectivamente.

La ceremonia de la entrega oficial de los premios por el Ayuntamiento se ha efectuado hace pocos días, y á ella han concurrido varias autoridades, representantes de corporaciones y muchas personalidades distinguidas, habiéndose pronunciado expresivos discursos encomiásticos para los premiados, que con su desinterés han contribuído al embellecimiento de la ciudad, para los arquitectos que tan bien han sabido secundar sus loables iniciativas y para el Ayuntamiento que con esos concursos realiza una obra de cultura y de estímulo á los industriales, obra á la cual Barcelona debe muchas de sus más bellas y artísticas edificaciones.

Barcelona.—Concurso de establecimientos y edificios públicos de 1908
Despacho de productos aplicables á la construcción de los Sres. Butsems y Fradera, que ha obtenido un premio extraordinario. (De fotografía de Brangulí.)

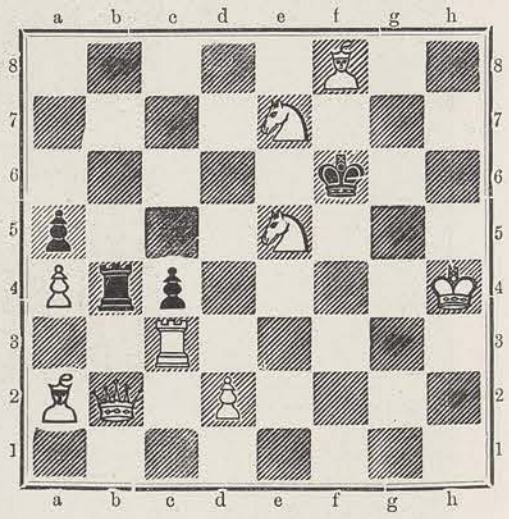
Barcelona.—Concurso de establecimientos y edificios públicos de 1908
Oficina de farmacia del Dr. D. Baltasar Doménech que ha obtenido el premio ordinario. (Fotografía de Brangulí.)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 508, POR V. MARÍN

Mención honorífica en el Concurso «Armeeblatt» 1905

NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 507, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Ce7 – d5	1. Cualquiera.
2. A, T ó C mate.	

Para dar al cutis frescura seductora y suave aterciopelamiento, las parisienses usan la

CREMA DE SIVA

la mejor, la más útil y la más agradable de las cremas conocidas; la que ha sido adoptada por las elegantes de la alta sociedad mundana. **COMPAÑÍA DE LOS PERFUMES ORIENTALES, 57, RUE SAINT LAZARE, PARÍS.** — De venta en todas las buenas perfumerías.— Depositario en España: Pérez, Martín, Velasco y C.ª—Madrid.

Depositario en Buenos Aires: Marcelino Bordoy, 1150. Venezuela, 1154.

EL VELLOCINO DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Para él, Maquiavelo era el apóstol del esfuerzo aplicado en el momento oportuno; empleado demasiado pronto ó demasiado tarde, el efecto no se produce. Y en esto pensaba precisamente aquella tarde.

«O no intervengo en ese asunto—pensó—y en tal caso quizás la solución sea aún más favorable, ó intervengo en él inmediatamente con energía y eficacia, según la frase de Rosebery. Mi carácter, sin embargo, no me permite asistir á la batalla cruzado de brazos, aparte de que he comenzado ya á intervenir.»

Por un momento estuvo rumiando toda la conversación sostenida con Pedro, conversación que, salvo alguna palabra desdeñosa que hiciera reflexionar á Dervilly, más bien había excitado á éste á la lucha.

«Y sin embargo, toda la razón está de mi parte»—pensó.

Aquella idea hízole reir irónicamente, pues acostumbraba no dar crédito á la razón y sí únicamente á las circunstancias, punto de vista natural en un diplomático.

«Me he dejado llevar demasiado por mis recuerdos de infancia, ya que de no haberse tratado de un rival de colegio, jamás me habría rebajado á discutir. ¡Valiente cosa perder el tiempo en todas esas palabras inútiles!»

No obstante, por lo mismo que había evocado los recuerdos de la infancia, costóle algún esfuerzo serenarse: tan fuertemente subsiste en nosotros esa época de nuestra existencia. El alma de Fernando flotó al principio entre suaves remembranzas y se sintió inclinado á la dulzura, á una generosidad caballeresca; pero muy pronto su espíritu revivió otros momentos en los que dominara la lucha, las batallas deportivas, los cruceros en pequeños yates veleros sacudidos por formidables tempestades, su amistad con los jóvenes lores, sus iguales, y la noble sensación de una omnipotencia que no quiere obstáculos...

Al llegar á ese punto, Pedro se le apareció como el pobre diablo que se arroja debajo de las ruedas de un coche, y ya no tuvo piedad de él; la excitación envidiosa pudo más que el sentimiento de lo absurdo de una situación semejante.

«¿Qué le habrá dicho Juana?»—pensó.

Miró á la joven y vió que jugaba sencillamente, pero que sus ojos se encontraban de cuando en cuando con los de Pedro y cambiaban una sonrisa que no podían dominar. Pasó luego revista á los semblantes de los espectadores, y al fijarse en el de miss Esther Lavisham, que, sumida en una especie de admiración extática, seguía todos los movimientos de Dervilly, no pudo menos de decirse para sus adentros: «Esa infeliz cree que son para ella las sonrisas de Pedro; también es de la especie de los que viven de ilusiones y que por nada se exasperan...»

La joven inglesa era la décima hija de un rector cuyos emolumentos no despreciables estaban destinados, conforme al sistema británico, á satisfacer una necesidad excesiva de comodidades. Ninguna de sus hijas podía esperar dote, y todas corrían por el mundo á caza de un marido. Esther, perfectamente educada, honrada y virtuosa, pero abandonada á sí misma, no sentía los escrúpulos de las herederas encerradas entre cuatro paredes, y la posición que ocupaba cerca de Juana nada tenía de servil. La señora de Veraines, dando por hecho el matrimonio con lord Beverley, había querido que Juana tuviese siempre á su lado una inglesa distinguida, y miss Esther estaba encantada de ocupar en una sociedad elegante aquel cargo por el cual no percibía sueldo, pero que le valía muchos regalos. Candorosa en demasía, había creído que eran para ella las asiduidades de Pedro, quien, por otra parte, la trataba con gran amabilidad, y aquella creencia fué la llama que incendió su corazón inflamable. Su matrimonio con el joven ingeniero francés parecióle el ideal, y en ello no se mostraba presuntuosa, porque aceptaba un marido pobre al cual aportaba en dote una belleza esplendida y excelentes intenciones. Juana no ignoraba las inclinaciones de Esther, y en cierto modo sentíase despechada, porque la inglesa relataba anécdotas en las que parecía que Pedro se mostraba sensible á sus encantos.

—¡Qué imprudencia, querida Juana!, exclamó estrechándola sobre su pecho

Terminada la partida de *tennis*, los jugadores se agruparon en torno del almirante, y juntos se pusieron á pasear mientras iba cayendo la tarde. Por doquier, en los céspedes, en los árboles, flotaba la languidez de un sol rojizo, de un cielo que parecía, ante la proximidad de la noche, llenarse de un vapor violado. Jacobo Carlos saboreó el placer de aquel crepúsculo en medio del drama de existencias jóvenes que ignoraban su propio misterio, y vió claramente la pena de Dervilly, la inquietud de Juana, la quimera de Esther, la firmeza de Margarita y el cálculo de Fernando. Si se hubiese tratado de otros personajes, no habría intentado intervenir en tales asuntos, sabiendo, como sabía, cuán inútiles son las previsiones humanas, y que la cuestión de la felicidad ó de la desdicha no depende de la sabiduría de un pobre filósofo. Ya que al fin y al cabo hemos de representar la pequeña comedia que denominamos nuestro destino, ¡qué más daba una intriga que otra! Que la suerte decidiera. Pero Jacobo Carlos miraba á Pedro Dervilly como hijo propio y quería evitarle una de las peores derrotas que en este mundo pueden sufrirse; y en cuanto á Fernando, no representaba á los ojos del marino más que una personalidad y una moralidad mediocres.

«No dudo de que puede hacer la felicidad de una ú otra de esas pobres muchachas, pero esa felicidad no depende de él. La elección de Margarita no es sino una afición de joven por una existencia brillante; Juana, si aceptase al inglés, no haría más que resignarse á las circunstancias, y el diablo no dejaría de aprovecharse de esa resignación.»

Su aspecto preocupado llamó la atención de Margarita.

—¿Se atrevería usted á decirme en qué está usted pensando, querido tío?, preguntóle riendo.

—Pienso, respondió el almirante, que era tan pronto como ella á la réplica, que los niños que piden la luna se hallarían muy perplejos si se la diesen.

—Hay luna y luna, replicó Margarita con cierto tonillo de cólera. La que yo quiero no dista de nosotros ochenta mil leguas.

—Y pienso además, añadió el marino, que me gustaría que Pedro regresase á París después de comer, porque he resuelto quedarme aquí esta noche y tengo un trabajo urgente que mi buen amigo podría ejecutar.

Pedro se ruborizó.

—No hay más que el expreso de las once, dijo, y aun es preciso tomarlo en X.

Beverley, que había oído aquellas palabras, dijo con aire de amable indiferencia:

—Si es que con ello puedo serle útil, pongo gustoso mi automóvil á la disposición de Pedro.

El almirante le miró sorprendido, y Fernando añadió:

—Por desgracia no tengo á mi mecánico.

—No importa, respondió el marino; Pedro es un *chauffeur* de primer orden, ¿no es verdad?

—Efectivamente. Agradezco tu ofrecimiento, Fernando; pero ¿dónde dejaré el automóvil?

—Puedes dejarlo en cualquier *garage*... Y si no, guárdalo todo el tiempo que quieras, porque tengo otros dos casi tan buenos como ese.

—Qué, ¿aceptas?, preguntó el almirante.

Pedro, cuyo semblante veló por un momento una imperceptible tristeza, miró á Juana, y viendo que tenía los ojos bajos, fijos en el césped, respondió:

—Acepto.

—Podrías partir antes de las nueve, cuanto más pronto mejor. Te daré algunas instrucciones.

El almirante hablaba en tono paternal, cariñoso, y Pedro, comprendiendo su intención, se resignó, aunque preguntándose si tendría la respuesta de Juana antes de marcharse. Todos le observaban, Juana pálida, Esther encarnada y Beverley sonriendo fríamente.

Pedro paseóse tristemente antes de la comida. Sabía demasiado cuánto le quería el almirante para tener la seguridad de que aquel hombre excelente creía hacerle un gran bien contrariando sus deseos; pero al fin y al cabo estaba enamorado y hubiera preferido que su amigo no hubiese abusado de una confidencia para hacerle imposible toda lucha.

«¿He hecho mal en confesárselo? ¿Habré de esconderme de él en lo sucesivo?»

Estas preguntas resultaban, sin embargo, ociosas desde el momento en que partía tan repentinamente que Juana no tendría tiempo para preparar su respuesta. Y ¿cuándo volvería él á la quinta? ¿Acaso su padrino no pondría de su parte todos los medios para impedir una nueva entrevista con la joven? ¿La vería siquiera otra vez? Aparte del almirante, no existía otro lazo de unión entre él y los Veraines.

«¡Ah, cuánto diera por conocer su respuesta! ¡Si á lo menos estuviese seguro de que Juana consiente en esperarme! ¡Pero trabajar sin saber á qué atenerme y con un rival tan formidable como Beverley! Fernando, no sólo no se ve contrariado, sino que cuenta con la complicidad de todos; verá á Juana diariamente y Juana me olvidará.»

A pesar de estas palabras que pronunciaba, en cierto modo para conjurar la adversidad, guardaba en el fondo de su corazón cierta esperanza, comprendiendo que la simpatía de Juana por él era innegable y que la joven no parecía en modo alguno un alma frívola. Desgraciadamente Juana consideraba como un deber ceder á los deseos de sus padres, y tenía puesta toda su confianza en la señora de Veraines, cuyo sueño dorado era el matrimonio con Beverley. Y era contrariedad grande tener por enemiga á la segunda esposa de José Veraines, á la que el almirante consideraba con razón dotada de un poder invencible.

En esas alternativas de esperanza y de temor, Pedro representaba exactamente lo que el amor hace de un espíritu privilegiado, no pensando casi en el único gran obstáculo que el almirante y la misma Juana le habían indicado, es decir, la falta de una fortuna ó de una notoriedad suficiente para compensar la fortuna colosal de la joven, mirando sólo al presente y no reflexionando en el apuro en que se vería al día siguiente del en que los señores de Veraines, después de haberse dignado escucharle, le repetirían las palabras de Jacobo Carlos sobre la imposibilidad manifiesta de un matrimonio entre un modesto sabio sin un céntimo y una de las más brillantes herederas de Francia.

En cambio Beverley pensaba en ello afanosamente. La tontería de Pedro le horripilaba cada vez más, y mientras, en su cuarto, se quitaba el traje de *tennis*, meditaba acerca de la mejor manera de poner en planta el proyecto que había concebido. Poco á poco sus ideas fueron haciéndose lúcidas, y sentado delante de su mesa púsose á escribir varias cartas, después de lo cual salió y se dirigió á las caballerizrs, evitando el encuentro con los grupos de los que estaban conversando.

Beverley, á fuer de aristócrata inglés, era muy aficionado á los buenos caballos, así es que á nadie extrañó que recorriese las plazas en donde estaban los animales de más precio, enterándose de la genealogía de algunos de ellos y criticando ó alabando sus formas. Después preguntó incidentalmente por Luis, su criado canadiense, y le dijeron que estaba en una gran pieza situada detrás de las cocheras, en donde los cocheros y los palafreneros solían reunirse. Allí se hallaba efectivamente Luis jugando á cartas con Corentino, y dos botellas puestas encima de la mesa explicaban la animación y la rubicundez de sus semblantes.

Corentino, así que vió á lord Beverley, quiso retirarse discretamente, pero el joven díjole que no se moviese y llamó aparte á Luis, no sin haber cuidado antes de encargarle en alta voz que preparase el automóvil para Pedro.

—Que los faroles estén encendidos... El Sr. Dervilly lo tomará para regresar á París.

—Milord puede estar tranquilo, pero milord no ignora que ha dado licencia á Augusto.

—El Sr. Dervilly guiará él mismo.

—Está bien, milord, voy á sacar el carruaje para limpiarlo un poco; pero milord sabe que yo no entiendo de automóviles y que no puedo responder del mecanismo.

—Yo respondo por ti... Pero de todos modos, voy á dar un vistazo á los engrasadores.

Examinó cuidadosamente las piezas principales, y después de cerciorarse de que los acumuladores funcionaban bien, dijo con aire indiferente:

—Qué, ¿no te separas nunca de Corentino?

—Milord puede creerme; Corentino tiene buenas cualidades, pero yo no apruebo que prefiera el ron al whisky con soda. Con ello demuestra tener un gusto detestable.

Beverley se sonrió. El canadiense era un antiguo criado de su padre y gozaba de ciertos privilegios; el joven lord no habría consentido á ningún otro de sus servidores que delante de él hablase de la excelencia de una bebida alcohólica.

—Siempre serás el mismo, pobre Luis, y algún día el whisky te jugará una mala pasada.

—Milord sabe que no bebo más que del bueno.

—Bueno ó malo, te estás poniendo el hígado en compota.

—Lo que hace bien no puede hacer daño, milord, respondió Luis riéndose con aplomo. ¡Ah, si fuese ron, como ese pobre diablo de Corentino!

—No le incites á beber, dijo seriamente Beverley, en quien reapareció de pronto el moralizador popular que todo inglés lleva dentro de sí.

—El señor puede tener la seguridad de que no necesito incitarle, pues basta colocar la botella sobre la mesa.

—Bueno; pues no la coloques.

El canadiense miró á su amo bondadosamente; le había visto nacer y le quería con toda su alma.

—Corentino, dijo, es hombre para ir á buscarla si otro no la coloca.

Fernando se echó á reir, lo que llenó de contento al criado; pero el joven lord, que no había ido allí para divertirse, le preguntó:

—¿Crees á Corentino capaz de hacerte un favor sin importancia, pero en secreto?

—No sería menester para ello otra cosa que hacerle beber un trago más.

—¿Es él quien arregla el cuarto del almirante?

—El señor almirante no quiere que nadie sino él toque su neceser de tocador y sobre todo sus navajas.

—¿Y el cuarto del almirante está lejos del de la señorita Juana?

—No lo sé, milord; pero de todos modos, para llegar á la habitación del almirante, que está en el ángulo derecho del castillo, hay que pasar por delante de la de la señorita Juana.

Beverley titubeó un momento antes de confiarse á Luis, pero aquella vacilación fué muy corta; podía contar en absoluto con la discreción del canadiense, á quien nadie arrancaría un secreto concerniente á su amo, ni aun sometiéndole á la tortura.

Las bromas más ó menos pesadas eran el flaco de los Veraines, y algunas habían estado á punto de llevar á sus autores ante los tribunales. Como acontece en toda reunión numerosa de gente joven, llegaba á perderse la noción de lo que puede y de lo que no puede hacerse, contribuyendo no poco á ello la emulación. Beverley, como los otros, había pagado su tributo á esa locura en calidad de organizador y de víctima, y los criados, cuya complicidad era con frecuencia necesaria, se reían con sus amos de las burlas que habían salido mejor. Por otra parte, la buena educación de toda aquella sociedad salvaba casi siempre lo que pudiera haber de peligroso en tales desahogos de gente joven. De suerte que la palabra bromazo era una palabra mágica merced á la cual se lograba positivamente el silencio y el misterio; por lo mismo, Corentino se callaría al igual que Luis, con tal que la intriga no fuese contra su amo ni contra Pedro.

—Convendría que Corentino entregase esta carta á la señorita Esther; pero no es necesario que le digas que yo te la he dado.

—Milord puede estar tranquilo.

—No te entretengas en la cocina después de comer; ven aquí, pues quizás te necesitaré.

—Está bien, milord.

Beverley salió de las caballerizas. Desde que había entrado resueltamente en las vías de acción, sentíase calmado; su maquinación parecióle de aquellas que forzosamente han de salir bien, y además, había adoptado las debidas precauciones para que no tuviese consecuencias graves y pareciese una simple broma de buen género, en el caso de que se descubriese prematuramente.

«Lo cual es poco probable—pensó,—porque todos los actores tendrán interés en callarse.»

Satisfecho de haber fundado sus previsiones sobre la sólida base del amor propio y del orgullo, púsose á pensar seriamente en los efectos de su plan.

«Para conseguir una eficacia absoluta, sería menester que Juana supiese de un modo cierto lo que ocurre... Este punto no puedo confiarlo á la casualidad; pero desgraciadamente aquí empieza el peligro, porque la explicación no sería posible más que avisando á muchas personas, y entonces pierdo el beneficio del secreto. Pedro queda comprometido, pero se rehabilita desde el día siguiente y tal vez con mayor gloria. Por muy fastidioso que sea, debo correr el riesgo de no avisar más que á Juana. Pedro regresa á París y no volverá en mucho tiempo; Esther se callará y Juana forzosamente habrá de ser discreta.»

Como buen diplomático, complacióse en su intriga, que quiso fuese sencilla, porque es propio de la diplomacia realizar las cosas más grandes con medios pequeños. La frase de Pascal sobre Cromwell es la divisa de esa carrera, pero no se deja que el grano de arena venga, sino que se le crea. Pedro no sabría jamás lo que había precipitado su desgracia.

«Acaso Juana sienta cierto desprecio hacia Esther, pero no la interrogará, y la inglesita es demasiado inglesa y está demasiado segura de su virtud para no reconquistar la estimación de Juana. De modo que, en realidad, á nadie perjudico y salvo una situación que, al prolongarse, molestaba á todo el mundo.»

Satisfecho de esos argumentos, no tardó en reaparecer, después de haber dado un rodeo, entre los grupos que conversaban mientras esperaban la comida. Sentía en su espíritu una tranquilidad definitiva, cuando oyó, cerca de su oído, la voz del almirante que le decía:

—¿No te parece que esta velada es deliciosa, respira apacibilidad y evoca la pureza del alma? ¿No es realmente sensible pensar que existen tantas inquietudes inútiles en el corazón y en la mente de los hombres, cuando éstos, durante la mayor parte del tiempo, no debieran hacer otra cosa que abandonarse á la buena naturaleza?..

Beverley se estremeció, pero luego replicó en tono altanero:

—¿Qué quiere usted decir con esto?

—Quiero decir, contestó con voz dura Jacobo Carlos, que no detesto una hermosa tempestad, pero que me aterran las corrientes insidiosas y los escollos.

Fernando vaciló un momento, durante el cual su mirada se cruzó con la del marino; pero sin duda pensó que era indigno de él demostrar que las palabras del almirante le impresionaban y descubrir su secreto. Así es que, dulcificando la expresión de sus ojos, dijo con flema imperturbable:

—Las comparaciones marítimas son imponentes, pero tienen el defecto de ser de aplicación demasiado general. Como todos los anglo sajones, soy algo duro de entendimiento para las frases ingeniosas; no se complazca usted en impacientarme y explíqueme el sentido de sus figuras retóricas.

El almirante, bondadoso y prudente, era hombre de poca paciencia; así es que se disponía á lanzar alguna diatriba, cuando pensó en la inutilidad de su enfado, desde el momento en que sacaba á Dervilly del avispero.

—¡Por Dios!, dijo con acento burlón, ¿por qué supones que mis palabras tenían un doble sentido? La serenidad del cielo y de la tierra me incita á compadecer las vanas intrigas de los humanos. Un hombre como tú y un hombre como yo, sabemos que la mejor política del mundo se ha basado en la inercia; la acción rápida y violenta pudo convenir á las pequeñas repúblicas italianas, pero ha llegado á ser indigna de las grandes naciones... No te asombres viéndome filosofar, pues soy un viejo razonador, un metafísico impenitente.

—Le aseguro á usted que sus palabras me interesan en extremo, replicó socarronamente lord Beverley; mas no veo que una ofensiva rápida haya dejado de ser el medio por excelencia de resolver las cuestiones litigiosas.

—Reconocerás, sin embargo, que el gran principio consiste en contar más con las torpezas del enemigo que con el genio propio... Las más de las veces el que ataca se compromete inútilmente. ¿Qué dirías de un general que se creyera obligado á tomar por la fuerza una posición que el enemigo se dispone á abandonar?

Al oir esto, Beverley prestó atención, ya que el aviso del almirante era demasiado claro para que él lo rechazara sin más ni más; y Jacobo Carlos, comprendiendo que había conseguido el efecto deseado, no insistió y se puso á hablar de cosas indiferentes, pues era hombre que dejaba que los acontecimientos siguieran su curso, cuando había hecho lo que creía necesario para evitarlos.

Beverley se separó de él sumamente perplejo, pensando que el marino podía luchar en buenas condiciones con él; pero después de reflexionar que en su maquinación no había nada que la acción del almirante pudiese dificultar, se dijo:

«Seguramente no se enterará nunca, y por consiguiente, ¿qué importa?»

El mal estaba en que estas palabras indicaban cierta indecisión, porque la vigorosa inteligencia de Jacobo Carlos influía en Fernando, á pesar suyo, y el joven lord temía que semejante adversario se volviera en contra de él. Al fin en su alma franco sajona el amor á la acción se sobrepuso á todo otro sentimiento, y encogiéndose de hombros, aceptó la perspectiva de la lucha.

«He de ganar de todas maneras—pensó,—y prefiero ganar de prisa y bien.»

VII

La comida fué aún más animada que el almuerzo, dejándose sentir en ella los efectos de un día pasado al aire libre en la comunión íntima de recuerdos familiares. El Sr. de Veraines se tranquilizó; Rodolfo, con sus incomparables dotes de elocuencia, se atrajo en varias ocasiones la atención de todos y el almirante entretuvo con sus dichos á la señora de Veraines, que estaba sentada á su lado. Sin embargo, el marino, en el fondo, no estaba contento, pues en medio de aquella sociedad brillante le inspiraba lástima el rostro contristado de Pedro. ¡Con qué placer hubiera querido poder ayudarle á conquistar la mano de Juana, tan digna de él! Su corazón luchaba con su entendimiento, en la sensación poderosa de su afecto al hijo de su mejor amigo y en el convencimiento de la inutilidad de toda lucha. Por otra parte, el estado de su ánimo dejóse traslucir en algunas réplicas á su hermano Rodolfo. Así, habiendo éste hablado con cierto orgullo de un trabajo de Beverley sobre el repartimiento del Africa, el almirante dijo con gran tranquilidad:

—He leído el comienzo de ese trabajo en la *Contemporany Review* y felicito de todo corazón á Fernando por haberlo acometido.

—¿Sólo por haberlo acometido?, preguntó con viveza Rodolfo, que era en extremo sensible á la menor crítica formulada sobre su hijo adoptivo.

—¡Te parece poco! ¿O crees que debo perjudicar con mayores elogios á un hombre que por su fortuna está expuesto á la corrupción terrible de las falsas alabanzas? No soy un tío de cartón, y si Fernando me preguntase mi opinión sobre el fondo de su artículo, se la daría terrible, pero sincera.

—Me da usted miedo, tío, gritó Beverley desde el otro extremo de la mesa.

—No te doy miedo, y es lástima.

—Tienes razón, dijo Rodolfo, que admiraba el vigor intelectual de su hermano; Fernando no podría menos de salir ganando si te tuviese miedo.

Una sonrisa de orgullo animó el semblante del señor Veraines, padre, quien miró á su primogénito con afecto respetuoso.

—Jacobo Carlos, dijo, ha sido siempre para nosotros una especie de razón dominadora, mal comprendida, que nos seducía y nos irritaba al mismo tiempo. Cuando tenía diez y ocho años, su madre le interrogaba como á un oráculo; era tan autoritario, como Rodolfo bondadoso y acomodaticio, y miren lo que son las cosas, hoy los papeles parecen invertidos, pues mientras Rodolfo brilla por su actividad y sus iniciativas, Jacobo Carlos es un filósofo determinista que más bien observa el juego de las pasiones que trata de dirigirlas.

—Ciertamente, dijo riendo el almirante, pero algún día puede cambiar todo esto, y entonces, ¡cuidado con la caja!

Estas palabras alarmaron á la señora de Veraines, que se inquietaba muy fácilmente siempre que se trataba del terrible primogénito; pero habiendo reanudado su coloquio con él, le vió tan afable que se tranquilizó.

Pedro, por su parte, había seguido con interés vivísimo el pequeño incidente contra Beverley, y creyó ver en la actitud del almirante cierta hostilidad. Por añadidura, aunque Juana había sido colocada muy lejos de él, tuvo en su vecina, Margarita de Blemont, la más amable oyente; y tan bien supo ésta estimularle, que en un momento dado fué haciéndose poco á poco el silencio en el comedor, y todos los comensales escucharon á Pedro discurrir sobre el vasto tema de la pérdida de la energía universal, pérdida traicionera en la cual ven los sabios el fin del mundo, en otro tiempo anunciado por los profetas. Aquella inteligencia joven y vigorosa se complació en poner al alcance de las inteligencias mundanas cuestión tan formidable, y al terminar su discurso resonó un ligero murmullo de sorpresa y de admiración.

—¡Qué interesante es todo esto!, exclamó Juana.

—Querido Pedro, dijo el almirante en tono sarcástico, cualquiera diría que quieres dar celos á tu viejo amigo.

Beverley sintióse por un momento dominado por la cólera, y Rodolfo soportó sin estoicismo el triunfo del protegido de su hermano; mas nadie advirtió sus impresiones, salvo el marino y Margarita, que se divertía en grande.

Aquella joven traviesa se complacía haciendo resaltar las grandes condiciones de Dervilly, y si hubiese podido humillar directamente á Beverley, no habría dejado de hacerlo. Mas como no halló ocasión para ello, contentóse con mostrarse excesivamente coqueta con su vecino, y en este papel, que le sentaba á maravilla, estuvo radiante, con el rostro animado, los ojos brillantes y su magnífica cabellera rubia, que caía, como un ala, sobre su frente de soñadora.

Varias veces Beverley la miró, y Margarita se percató de ello perfectamente, aunque sin aparentarlo. El joven lord ignoraba probablemente la seducción que sobre él ejercía la joven, y su cabeza, ya que no su corazón, no se ocupaba más que de Juana. El sentimiento de su rivalidad con Pedro, que, al principio, revestía un carácter desdeñoso, exaltábase cada vez más, y de haber vivido juntos, el asunto habría terminado con un duelo, á pesar del horror británico que Fernando sentía por el desafío. A los postres, los dos jóvenes, excitados por la suave embriaguez de una comida copiosa, cruzaron sus miradas con expresión altiva; sus pechos vibraban con vigor guerrero; palpitaban sus narices y en su sangre hervía una vida ardiente.

A todo esto acercábase la hora de la partida de Pedro, y el almirante, fiel al papel que se había impuesto, la precipitó sugiriendo la idea de abreviar el servicio.

—Pedro ha de marcharse, y desearía que se fuese lo más pronto posible.

La señora de Veraines no se lo hizo decir dos veces, pues también ella deseaba la partida del joven y se proponía insistir cerca de su marido para que cuanto antes tuviese con Jacobo Carlos una explicación á propósito de Dervilly.

VIII

Así que se levantaron de la mesa, Pedro fué en busca del automóvil de Fernando, que estaba preparado cerca de las caballerizas; subió á él, comprobó que todo funcionaba con regularidad y se disponía á dar la vuelta al manubrio, cuando llegó casi sin aliento Esther Lavisham, envueltas la cara y la cabeza con un ligero chal.

—No he podido venir antes, dijo la inglesa, deslizando al mismo tiempo una carta en las manos de Pedro.

—Pero, señorita, ¿no puedo saber?..

—Es la respuesta, murmuró Esther ruborizándose y mirándole con ojos apasionados.

Y después de un momento de vacilación, durante el cual lanzó un suspiro, añadió:

—¿Será usted feliz?

La embriaguez repentina que se apoderó de Pedro hízole vacilar.

—¡Oh!, exclamó ardientemente. ¿Es verdad que me trae usted la inefable dicha que espero?.. Si fuese así, señorita, ¡cómo la bendeciría á usted!

Esther bajó los ojos pudorosamente, como quien oye un secreto que ha de ignorar, y murmuró:

—No me bendiga usted; ámeme un poco.

Pedro quiso seguir interrogándola, pero ella se esquivó desapareciendo en dirección á la casa, en el momento en que por una coincidencia, tal vez buscada, la sombra de Juana aparecía en la escalinata espléndidamente iluminada.

Pedro quedóse sorprendido, pues jamás habría podido pensar que Juana hiciese llegar á sus manos su respuesta en aquella forma, y aun sintió cierta inquietud, porque para tomar por confidente á la inglesa era preciso que Juana tuviese la certidumbre de no verse comprometida en lo porvenir, y esto implicaba una ruptura inmediata. Mas cuando hubo abierto la carta, el asombro le hizo estremecerse; el papel decía:

«Acepto; á media noche esté usted junto al Discóbolo, y en cuanto me vea usted salir de la casa, encamínese usted hacia la poterna de la carretera de Pontoise, en donde estará su automóvil; yo le seguiré de lejos.»

El billete no tenía firma y la escritura estaba visiblemente contrahecha, pero Pedro interpretó esto como una precaución adoptada por Juana; y aunque la palabra «acepto» le turbó por un instante, pues más parecía una contestación á una cita solicitada que una cita dada directamente, sus aprensiones no tardaron en disiparse; sentíase demasiado feliz y orgulloso de la prueba de amor que le ofrecían. Y ni siquiera le inquietaba pensar que Juana le seguiría hasta la poterna de la carretera de Pontoise, muy distante de la casa y en una soledad absoluta, y que luego tendría que volverse sola.

«Si así lo ha querido, sus razones tendrá para ello; lo más prudente es, pues, obedecerla sin reflexionar.»

Empuñó el volante, y el automóvil, ágil, silencioso, deslizóse suavemente por el camino y dió vuelta al césped. Pero al llegar cerca de la puerta, Dervilly vió á Corentino que le hacía señales para que se detuviese.

—¿No parte con usted el almirante, señorito Pedro?, le preguntó con cierta inquietud.

A Dervilly chocóle el tono de la pregunta, como chocan ciertas cosas, es decir, vagamente y más bien para guardar de ellas un recuerdo, que para ocuparnos de ellas desde luego.

—No, Corentino, respondió; no se ha hablado siquiera de esto.

—¿De modo que puedo todavía encontrar al almirante en la quinta?, preguntó el criado rascándose la cabeza.

—Ciertamente.

El marinero no se movía; cuando vió que Pedro se disponía á proseguir su camino, hizo ademán de detenerle nuevamente, pero luego se contuvo y contestó á la despedida del joven. El automóvil llegó á la puerta de salida y se lanzó por las carreteras perfectamente conocidas por Dervilly, que las recorrió á gran velocidad. En una población lejana renovó la esencia, y luego, temiendo una *panne*, quedóse en acecho en un bosquecillo apartado, esperando la hora de la cita, y llegada ésta, encamináse lo más silenciosamente posible á la poterna de la carretera de Pontoise. Aquel sitio estaba enteramente desierto, pues la puertecita no daba directamente á la carretera, sino que para llegar á ésta había que pasar una ancha avenida sombreada por tilos. Pedro detuvo su automóvil, cubrió los faroles con dos trozos de tela, se acercó á la poterna, que estaba entreabierta, y se introdujo en el parque, por entre las ramas de cuyos árboles filtrábanse los rayos de la luna que había salido hacía tres horas. Al principio, mientras anduvo bajo los espesos grupos de árboles que crecían junto á las paredes de cerca, todo fué bien; pero muy pronto se encontró con un espacio despejado, en donde vibraban y repercutían los ruidos de la noche. Pedro, al llegar allí, se detuvo y se puso á escuchar; el viento agitaba primero las ramas altas y luego movía las inferiores, y cuando dejaba de soplar, un grito, un ladrido, turbaban el silencio. A veces ladraba toda la jauría del castillo, que había oído el ruido de un coche lejano, de algún transeunte, del mismo Pedro, cuya presencia había husmeado el olfato de los perros.

El joven tenía un miedo horrible de que alguien pudiera verle; y si la violencia de su amor le hacía esperar con alegría aquel encuentro, su razón, en cambio, protestaba contra la temeridad de Juana.

«Nunca hubiera creído tal cosa de ella, y de fijo que la ha impulsado á obrar así alguna grave circunstancia. Quizás quieren apresurar su matrimonio ó, lo que es más probable, habrán descubierto que yo era un estorbo para los proyectos de Fernando, en cual caso nuestra entrevista será la última en mucho tiempo.»

Había penetrado en un sendero sombrío, y apenas había dado cien pasos, una blancura rompió las tinieblas de la noche; era la quinta, sobre la cual derramaba la luna su luz como agua fosforescente. El corazón de Pedro latió con violencia, y sin duda á causa de las precauciones que adoptaba, sintió el joven la impresión envilecedora de que era un ladrón. Imagínose la cólera indignada del señor ó de la señora de Veraines. ¿Qué les contestaría cuando le increpasen por su conducta? Pero aún más temía ver surgir al almirante, su gran amigo, reprochándole su proceder con sus palabras y con la expresión de su rostro; y fué tal su desfallecimiento y tan vivo su sentimiento del honor ante esa idea, que pensó en volverse atrás.

(Se continuará.)

EL TURISMO EN CARAVANA

Cuando los progresos del automovilismo y las facilidades de los trenes parecían haber desterrado en absoluto los antiguos sistemas de viaje, vuelve el turismo á resucitar los medios de locomoción que se creían para siempre desaparecidos, y en los países en donde abundan los verdaderos turistas circulan por las carreteras grandes vehículos que sirven á la vez de carruaje y de vivienda, que se detienen donde sus dueños quieren y contienen todos los elementos indispensables para pasar unas horas ó unos días en los lugares escogidos por los excursionistas.

En Inglaterra es en donde más se ha desarrollado este sistema de turismo, que los ingleses han bautizado con el nombre de «turismo en caravana.» En las excursiones de este modo efectuadas, al revés de lo que sucede en las realizadas en automóvil, en las cuales todo se supedita al afán de conseguir las mayores velocidades, se camina despacio y se disfruta de las bellezas de la naturaleza cómodamente y con tranquilidad; el excursionista no ha de preocuparse por su albergue, puesto que dondequiera que vaya lleva su casa consigo, ni por la comida, ya que dispone de cocina y de todos los enseres necesarios para guisar.

El turismo en caravana tiene fervientes adeptos en todas las clases sociales; así, cuando á un lado de la carretera se ve á un grupo ocupado en los distintos quehaceres domésticos, lo mismo puede tratarse de la familia de algún encopetado aristócrata ó de un millonario, que de un profesor con sus alumnos, ó de un grupo de artistas, ó de un modesto tendero.

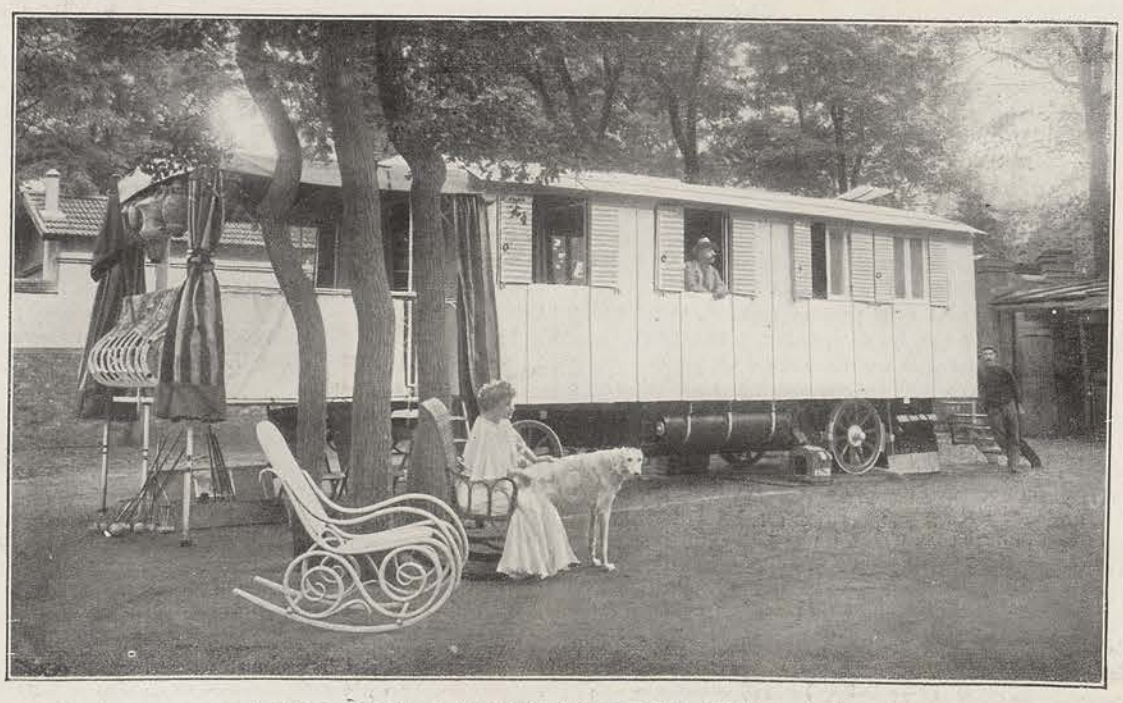
Uno de los principales atractivos de estas caravanas es la independencia, la vida en plena naturaleza, con todos los placeres y los encantos que ésta ofrece y sin ninguna de las trabas de la existencia de hotel. Y no digamos las ventajas que tienen para el artista: sin los apremios del tiempo tasado, de la hora de salida del tren, de las comidas á horas reglamentarias, puede escoger los sitios que más le agraden y aprovechar los momentos en que más inspirado se sienta; y el fotógrafo aficionado tiene además la de poder realizar en seguida las manipulaciones propias del arte que cultiva, porque en el coche no falta casi nunca un rincón destinado á cámara obscura y laboratorio.

Campamento de la «Clayesmore School» de Pangbourne (Inglaterra), en una de sus excursiones en caravana

Turistas en caravana y vehículo en que efectúan su excursión

También los médicos miran con interés este nuevo deporte, y se comprende; los que predican los beneficios que al organismo humano reporta la vida al aire libre, han visto que uno de los medios más sencillos de proporcionar á los enfermos la cura del aire era el de las caravanas; y últimamente se han realizado gran número de excursiones de este género, en las cuales muchos tísicos han encontrado notable mejoría en sus dolencias.

Pero los que indudablemente pueden sacar más provecho del turismo en caravana son los profesores; esas excursiones pedagógicas, aparte del placer que proporcionan, son un poderoso elemento para la enseñanza, en su doble aspecto de instrucción y educación, ya que en tales expediciones los alumnos no sólo pueden aprender mejor las lecciones de cosas, sino que además, puestos en un medio ambiente propicio, su inteligencia, su corazón y su voluntad se asimilan más fácilmente los conocimientos útiles, los sentimientos elevados y los nobles impulsos. Aparte de esto, la necesidad de proveer por sí mismos á todas sus necesidades, desde la preparación de la comida hasta el arreglo de su *casa*, desenvuelve en ellos el espíritu de compañerismo, el sentimiento del orden y una porción de facultades y de aptitudes que en el curso de su existencia han de servirles admirablemente.



Lujoso vagón automóvil de turismo. Vista exterior

El director de la «Clayesmore Shool,» de Pangbourne, el Dr. Devine, fué el primero, hace ya muchos años, que comprendió el valor que esas excursiones podían tener para sus educandos; su ejemplo no tardó en ser imitado, y hoy las *vacaciones en caravana* son una institución arraigada en muchas escuelas de Inglaterra. Uno de nuestros grabados reproduce una escena del campamento de esa escuela, famosa por sus iniciativas y reformas pedagógicas.

La «Clayesmore School» efectúa una interesante excursión cada año, y se consideran muy dichosos los alumnos que, en premio de su aplicación y comportamiento durante el curso, han sido escogidos para formar parte de ella, y á los cuales se les instruye naturalmente de lo que han de llevar consigo y sobre todo de lo que no han de llevar, y se les dictan una porción de reglas como las siguientes: «No lleves reloj; el tiempo no se cuenta para nada en una excursión en caravana; disponte á compartir todo el trabajo del campamento, en donde hay que levantar tiendas, guisar, lavar, acondicionarlo todo; y todas estas cosas debes hacerlas, no ya con buena voluntad, sino además con gusto y alegremente.»

Estas reglas se aplican no sólo á los educandos de la «Clayesmore School,» sino también á todos cuantos toman parte en una excursión en caravana, pues en todas estas agrupaciones los quehaceres domésticos han de ser desempeñados en común ó alternativamente. Algunas veces, sin embargo, el director de la excursión es quien señala previamente á cada cual, según sus especiales aptitudes, los trabajos que habrá de realizar.

Las caravanas de turistas no se improvisan de cualquier modo, sino que, por el contrario, hay que prepararlas con tiempo, estudiando la agrupación de los excursionistas, el itinerario, la cuestión de los víveres y sobre todo la elección y el arreglo del carruaje. Este último punto es de capital importancia, pues de que se solucione bien ó mal puede depender el éxito de la expedición. La variedad de formas y de instalaciones adecuadas á esta clase de excursionismo pudo verse en el punto de reunión en donde, en la primavera última, se dieron cita todos los coches del Club de Caravanas de Londres, antes de que cada uno de ellos emprendiera la excursión proyectada. La condición esencial de estos vehículos es que pesen poco y sean de la mayor capacidad posible. En cuanto á las caballerías, se ha probado que son más convenientes los coches tirados por un caballo que los de dos, y que los animales acostumbrados al campo son preferibles á los de las ciudades. Respecto de la instalación interior, el ingenio tiene ancho campo para lucirse á fin de aprovechar para fines útiles los menores espacios; así se ve en la mayoría de esos vehículos que cada mueble sirve para dos ó tres objetos distintos, habiendo, por ejemplo, salas que se transforman fácilmente en dormitorios y en comedores con todos los muebles y enseres necesarios. Y en ninguno de ellos falta un sitio para las bicicletas, aparatos de mucha utilidad en esta clase de excursiones para reconocer el terreno en donde podrá instalarse el campamento y para ir, en caso de apuro, á la población más cercana en busca de provisiones ó de cualquier otra cosa que haga falta á los excursionistas.

Lujoso vagón automóvil de turismo. Vista interior

El verdadero turismo en caravana desdeña el vagón automóvil porque pesa demasiado, lo que le impide acampar en muchos lugares de suelo blando, y porque no pudiendo caminar sino por buenas carreteras, hace imposible disfrutar de los encantos de muchos rincones apartados de los grandes caminos. Esto no obstante, muchas familias de la alta sociedad prefieren el automóvil al carro, porque la rapidez de la marcha y las mayores comodidades de la instalación interior compensan, en su sentir, sobradamente las ventajas que los otros vehículos ofrecen.

De tal manera se ha desarrollado en Inglaterra la afición al turismo en caravana, que en Londres se ha constituído el club antes mencionado, que cuenta muchos adeptos y que, además de organizar excursiones entre sus socios, facilita toda clase de datos á los que deseen realizarlas por su cuenta ó quieran agregarse á las por él organizadas.

ENRIQUETA JASTROW.

HISTORIA UNIVERSAL

ESCRITA PARCIALMENTE POR VEINTIDÓS PROFESORES ALEMANES BAJO LA DIRECCIÓN DEL SABIO HISTORIÓGRAFO GUILLERMO ONCKEN

Consta de 16 tomos con grabados intercalados y una numerosa colección de láminas cromolitografiadas, mapas, planos, facsímiles, etc.

Se vende á 320 pesetas el ejemplar ricamente encuadernado con tapas alegóricas, pagadas en doce plazos mensuales. — MONTANER Y SIMÓN, EDITORES.

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa *Bescherelle*, *Littré*, *Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. – Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes, idiotismos, el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. – Cuatro tomos: **55 pesetas.**

Montaner y Simon, editores.—Aragon, 309 y 311. Barcelona

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cia, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

Historia general del Arte

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalistería, Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesants texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. – Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

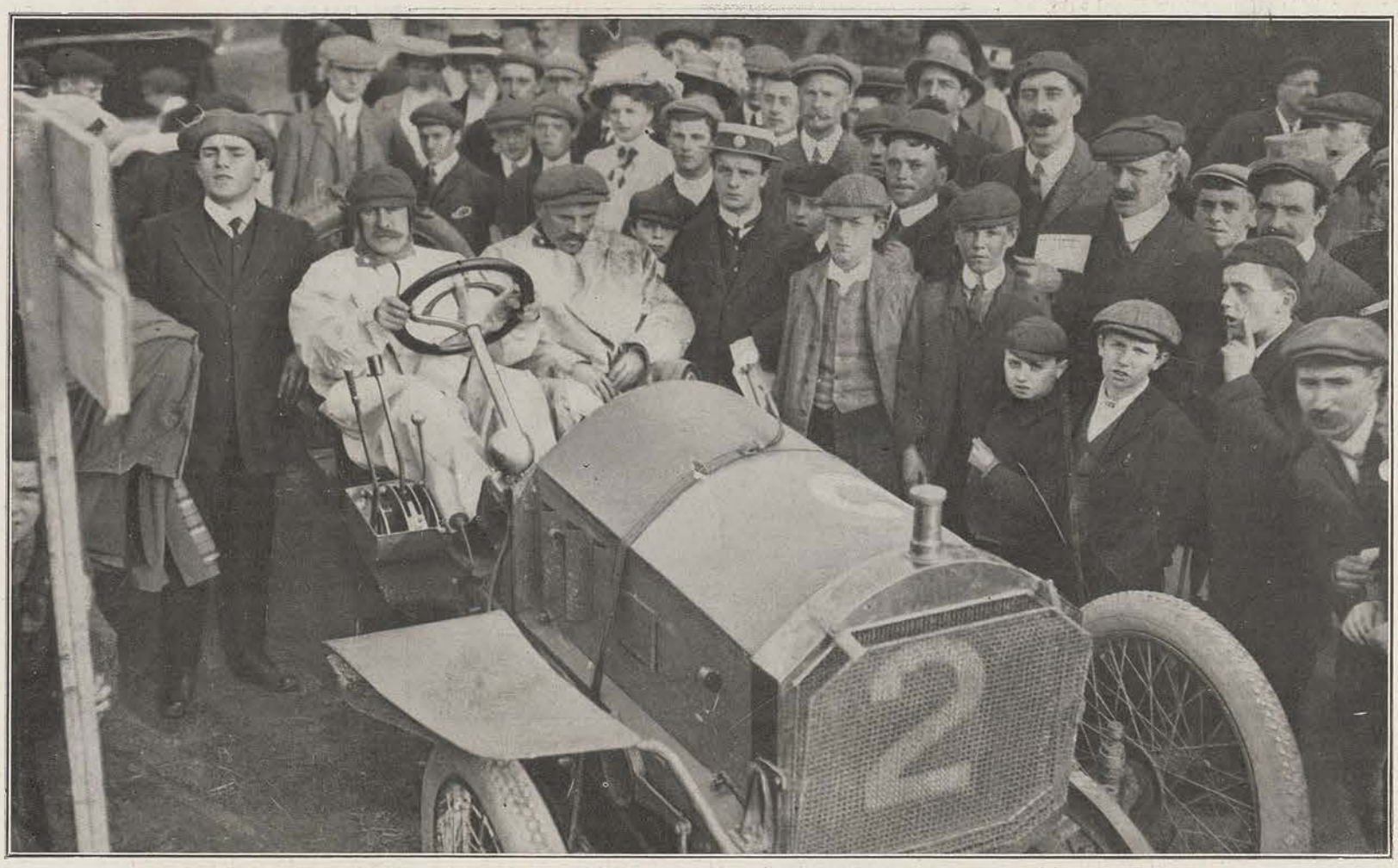
VINO AROUD
CARNE-QUINA
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO – ASMA – OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA
El que quiera ser Poderoso y Rico, ser Amado, que la Mala estrella le deje, que la Suerte vuelva,
TENER SALUD Y DICHA
pida el curioso librito (que se envía gratis) al mago Moorys's. 19, rue Mazagran, París.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Isla de Man (Inglaterra). Carrera automovilista del Tourist Trophy, organizada por el Automóvil-Club de la Gran Bretaña

Mr. Watson, vencedor de la carrera que recorrió 543 kilómetros y 150 metros en 6 horas, 43 minutos, 5 segundos. (De fotografía de Underwood y Underwood.)

El día 25 del próximo pasado, en la isla de Man (Inglaterra) efectuóse la carrera automovilista organizada por el Automóvil-Club de la Gran Bretaña y en la que se disputaba el clásico *Tourist Trophy*. Esta carrera, la más importante de cuantas en aquel país se celebran, está esclusivamente reservada á los automóviles de turismo y se corrió por primera vez en 1905.

El circuito de la isla de Man tiene una extensión de 60.350 metros, y la prueba efectuada consistía en recorrerlo nueve veces, lo que da un recorrido total de 543.150 metros.

Resultó vencedor Mr. Watson, que guiaba un automóvil Hutton y que hizo el recorrido en 6 horas, 43 minutos, 5 segundos, es decir, con una velocidad media de 80.856 metros por hora. Llegaron, con pocos minutos de diferencia, en segundo y tercer lugar los Sres. Lee Guinness y George, que iban en vehículos de la marca Darraq.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *Intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN